

Erika Pani, *El segundo imperio. Pasados de usos múltiples*, CIDE/FCE, México, 2004, 177 pp. (Herramientas para la Historia).

Prosiguiendo con la línea de investigación que ha desarrollado desde hace algunos años, Erika Pani publica *El segundo imperio. Pasados de usos múltiples*. Éste es un libro sugerente por la apuesta intelectual de la autora, que busca realizar un recuento de las miradas bajo las cuales se ha visto y entendido el imperio de Maximiliano. No cabe la menor duda de que el imperio ha sido uno de los grandes olvidados de la historiografía mexicana, lo que se explica, en buena medida, por el hecho de que la historia oficial difundió la idea de que éste representaba una experiencia ajena implantada desde el extranjero y llevada a cabo por extranjeros. Esta visión ha sido rebatida por Pani, quien ha demostrado, en *Para mexicanizar el segundo imperio*, que éste forma parte del desarrollo histórico nacional.¹ El imperio fue un intento fallido de gobierno que contó con el apoyo de buena parte de los mexicanos, y no un simple desliz de unos aventureros europeos. La autora demuestra un amplio conocimiento del tema. Su recuento de las miradas sobre el imperio se inicia con escritos de los contemporáneos del suceso y finaliza con los estudios más recientes. Ella reconoce que su intención no es estudiar a todos los autores, sino tratar de mostrar las principales líneas de pensamiento que se desprenden de éstos.

Pese a la gran cantidad de información con la que cuenta, el libro de Pani se lee con gusto y rapidez. La exposición de las

ideas es sencilla, clara y desenfadada. A la autora le interesa “platicar” con su lector y no hastiarlo con datos, tarea más que necesaria para que la historia salga de los estantes y deje de ser leída sólo por un círculo de especialistas. La obra cautiva al lector y lo invita a explorar el segundo imperio. La investigación de Pani se divide en cuatro capítulos. En el primero analiza la historia inmediata del imperio, el cual despertó gran interés allende las fronteras mexicanas. El carácter controversial de la aventura intervencionista produjo una gran cantidad de textos en los que los protagonistas, tanto nacionales como extranjeros, trataban de dar su versión de los hechos. Pani menciona que estas versiones circularon a través de la publicación de documentos personales de los participantes, así como de la edición de textos escritos *ex profeso* que fueron impresos en formatos que permitían una rápida y amplia difusión. Así, por ejemplo, los textos escritos por los franceses buscaban justificar la aventura intervencionista y dilucidar las razones por las que habían fracasado en la tentativa de establecer un imperio en México.

Para ellos fue difícil explicar su presencia en México, pues no buscaban reestructurar el orden mundial sino que pretendían establecer un gobierno independiente que estuviera bajo el dominio francés. Los galos consideraban que el fracaso de esta empresa había sido producto de varios factores: la insuficiencia de los medios, la torpeza del régimen, las alianzas con los conservadores, la ambición y los errores individuales. Es preciso aclarar que los franceses no fueron los únicos que escribieron, también lo hicieron algunos de los europeos que acompañaban a la corte de Maximiliano. Esta historiografía ex-

¹ Erika Pani, *Para mexicanizar el segundo imperio. El imaginario político de los imperialistas*, COLMEX/Instituto Mora, México, 2001.

tranjera ofrece evidencias de un discurso imperialista en construcción. A través de ella se puede acceder a la concepción que se tenía de los mexicanos. Los franceses postulaban la idea de solidarizarse con las "razas latinas", pero en sus textos se traslucía el enorme desprecio que sentían por los mexicanos. Buena parte de la historiografía escrita por los mexicanos buscaba desmentir los ataques de los europeos. El fusilamiento de Maximiliano caló hondo en la conciencia europea. Las respuestas de los escritores mexicanos se insertaban en tres ámbitos. Los republicanos defendieron la nación amenazada, los conservadores la opción política que asumieron y los dos bandos trataron de mostrar que México era un país civilizado.

Los textos de los republicanos aparecieron desde los inicios de la guerra de Intervención. La administración juarista financió publicaciones que intentaban justificar su actuación. Ése fue el caso del libro del español Pedro Pruneda, quien recibió información del gobierno para fundamentar su alegato. Entre los escritos republicanos destaca *Revistas históricas de la intervención francesa en México* de José María Iglesias, quien, desde 1862, se dio a la tarea de demostrar la perfidia de Francia y de tratar de movilizar a la población en contra del invasor. El texto de Iglesias contribuyó a crear la imagen de la Francia enemiga, inventó al pueblo dispuesto a defenderse y enfatizó la idea del imperio como un ente "arcaico" y "antinacional". Pese a que el libro de Iglesias era exagerado y contenía información errónea, se convirtió en el modelo de la versión oficial de la historia de la intervención y el imperio. Los que menos escribieron fueron los conservadores. Los pocos que lo hicieron vieron en la escritura una forma de

digerir su experiencia. Los conservadores se deslindaron del proyecto imperial de Maximiliano e insistieron en que ellos no tenían la culpa de lo que había pasado. Además de que aprovecharon la ocasión para realizar la defensa denodada de ciertos personajes. Estas voces disonantes no se silenciaron, pero tuvieron que publicar fuera del país.

En el segundo capítulo, Pani analiza la manera en que se construyó la versión oficial sobre el imperio. La autora hace una interesante reflexión acerca del papel de la historia en la construcción del Estado nación. Era necesario crear en los ciudadanos un sentimiento de pertenencia y lealtad. Esto se podía lograr a través de la construcción de un pasado heroico. No cabe la menor duda, tal y como lo apunta la autora, de que la memoria nacional es selectiva. En la escritura de la historia se rescatan y se inventan tradiciones que sirven de puente entre el pasado y el presente. Para los constructores de la historia patria que se ubican en el último tercio del siglo XIX, la derrota del imperio demostraba la valía del país y confirmaba su mayoría de edad como nación. La lucha contra la intervención francesa y el imperio representó la piedra angular de la construcción de la "historia patria". La transformación de la historia nacional de arma de combate en "mito político unificador" implicó un largo proceso que no estuvo exento de contradicciones. Por ejemplo, se tuvo que maquillar ciertos hechos como la adhesión de los "liberales moderados" al imperio y la popularidad que tuvo la pareja imperial. La visión de los vencidos y los matices no tenían cabida en una historia que buscaba demostrar que el destino de la nación se encontraba en la república liberal.

Con la instauración de esta forma de gobierno, se había logrado superar los vicios heredados de la colonia. La intervención y el imperio ofrecieron a los autores liberales los elementos dramáticos necesarios para construir el mito patriótico perfecto. Por ello no debe sorprender que la lucha contra el invasor se convirtiera en una "segunda guerra de Independencia". Los historiadores liberales mostraban que la patria había sido liberada de las garras de los extranjeros, una hazaña que encabezó Benito Juárez. La segunda guerra de Independencia vinculaba a Hidalgo con Juárez, pues los dos habían peleado contra los enemigos de la nación. La lucha contra el extranjero se presentaba como uno de los atributos que caracterizaban a los héroes nacionales.² La historia liberal convirtió a Juárez en la figura nodal de la lucha republicana. A este personaje se le reconocía su tenacidad en la defensa de los ideales republicanos. El culto a Juárez se volvería oficial durante el porfiriato, y se llegó al extremo de identificar a Juárez con Porfirio Díaz, lo cual resulta paradójico si se toma en cuenta que los dos fueron enemigos políticos. La publicación de *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el imperio* (1904), del "científico" Francisco Bulnes, representó un severo golpe contra el culto que se rendía a Juárez. Sobre todo, porque el ingeniero editó su libro dos años antes de que se celebrara el centenario del natalicio del Benemérito.

El texto de Bulnes no sólo dirigía sus ataques contra Juárez, sino que también criticaba la mitografía que justificaba y celebraba el triunfo del partido liberal.

² Véase Rogelio Jiménez Marce, "La creación de una genealogía liberal", *Historias*, INAH, núm. 51, enero-abril de 2002, México, pp. 34-39.

Así, la crítica más corrosiva contra la historia liberal fue hecha por uno de los personajes más connotados del régimen porfiriano. En el tercer capítulo, Pani señala que la historia posrevolucionaria no modificó la versión oficial sobre la intervención y el imperio. Este suceso continuó fuera del ámbito de estudio de los historiadores. Lo más relevante que se escribió sobre la intervención y el imperio fue una serie de artículos periodísticos que aparecieron a finales de la década de los veinte y los volúmenes publicados en la década de los sesenta por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, mismos que buscaban ensalzar la resistencia republicana. También se editó un par de recopilaciones documentales. Esos esfuerzos no fueron suficientes para que el imperio se tomara como objeto de estudio. Pani sugiere que esta situación se puede explicar por tres razones: los prejuicios heredados de la historiografía decimonónica, los esfuerzos encaminados a historiar la revolución y las corrientes historiográficas en boga que consideraban que el imperio estaba fuera de sus intereses. Los marxistas ubicaban al imperio como una cuestión superestructural, y los de la escuela de los *Annales* lo veían como un suceso ajeno a los procesos de larga duración.

Sólo José C. Valadés y Gastón García Cantú dedicaron estudios al imperio. Moisés González Navarro editó un libro sobre la reforma y el imperio para la colección SepSetentas, en el que sólo lo menciona de manera indirecta. La editorial Clío publicó en 1998 una "trilogía del imperio" que preserva su imagen de frívolo, nefasto, trivial y ajeno. La versión oficial fue impugnada por algunos escritores que, desde las editoriales Jus y Tradición, publicaron biografías de personajes que no

tenían lugar dentro del panteón oficial. La historia contestataria tenía el objetivo de atacar a los adversarios antes que exaltar a los propios caudillos. No se trataba de encontrar la verdad, sino de convertir a la historia en un campo de batalla. Tanto la versión liberal como la contestataria se rechazaban mutuamente, lo que ocasionó que la historiografía permaneciera estancada. Esta visión maniquea de la historia sería cuestionada por la historiografía moderna. El análisis de los nuevos derroteros historiográficos sobre el imperio constituye el objeto de estudio del cuarto capítulo. Pani señala que Edmundo O’Gorman fue el primer historiador que cuestionó las ideas en las que se fundamentaba el mito patriótico republicano. A O’Gorman se le encargó escribir un epílogo para el libro *A cien años del triunfo de la república*, que fue editado por la Secretaría de Hacienda y Crédito Público.

Este texto, como el título lo indica, tenía el objetivo de conmemorar el triunfo de la república. La autora señala que, en lo esencial, la propuesta de O’Gorman se inscribía en el debate político decimonónico que enfrentaba el modelo republicano con el monárquico. Este historiador propugnaba por rescatar a los conservadores para subrayar lo titánico de la empresa republicana. Sin embargo, el gran acierto de O’Gorman fue analizar las entidades históricas no como cosas hechas, sino como parte de un proceso inventivo, es decir, los hombres crean, construyen y resuelven de acuerdo con las circunstancias con las que se enfrentan. La postura de O’Gorman cuestionaba la idea del ser republicano inherente a México. La propuesta ogormañana tuvo escaso eco entre los historiadores. Pani señala que todavía persiste una visión maniquea de la historia del imperio,

pero no se debe pasar por alto que han aparecido estudios que buscan comprenderlo. Estos estudios han sido realizados tanto por extranjeros como por nacionales. En el primer caso, las investigaciones de los franceses y de los estadounidenses reflejan intereses historiográficos propios y no esfuerzos por excitar conciencias e identidades. Ellos han explorado varios temas: la cuestión internacional, las memorias de los participantes, las implicaciones financieras, la milicia y la cuestión diplomática.

Pani reconoce que los trabajos de estos historiadores son importantes, pero que tienen el problema de que se centran en los “elementos extraños” del régimen y no analizan al imperio como parte del desarrollo histórico nacional. La autora hace un llamado a estudiar el imperio con ecuanimidad. Se debe abandonar las falsas dicotomías. La autora proporciona las herramientas necesarias para abrir nuevos caminos de investigación que ayuden a esclarecer ese fenómeno histórico. Ella está conciente de lo que falta por hacer e incentiva al lector a que asuma esa tarea. Pani muestra que la historiografía sobre el imperio no sólo representa una importante fuente de información, sino que también permite acceder a la forma en que se representaba a México y la función que cumple la historia dentro del imaginario nacional. El estudio del imperio puede ser igual de productivo y limitado que el de cualquier otro régimen de la historia. Éste es un período de continuidades y cambios en el que se pueden vislumbrar los proyectos políticos y sociales de los grupos en pugna y dibujar el horizonte de discurso y acción bajo el que podían moverse los partidarios de este sistema de gobierno. Pani señala que historiadores mexicanos han analizado problemas medulares como el esfuerzo de

organizar el territorio mexicano, las negociaciones que las comunidades rurales y urbanas establecieron con el régimen, la construcción de las relaciones entre las autoridades y la población, la cuestión religiosa y las políticas ante la pobreza urbana. Pero aún falta explorar las relaciones entre los sectores sociales y los extranjeros, el papel del francés en la formación de la imagen mexicana, las relaciones diplomáticas con las naciones involucradas, los proyectos políticos, económicos, educativos y culturales del imperio. No se debe pasar por alto que las políticas administrativas, legislativas y gubernamentales del segundo imperio se inscriben en un esfuerzo sostenido por consolidar un Estado nación moderno, liberal y reformista. Aunque la mayor parte de los proyectos imperiales no se pusieron en marcha, éstos representan un testimonio de los esfuerzos de los hombres públicos por consolidar una nación moderna. Esos proyectos evidenciaban aquello que se percibía como un obstáculo y las respuestas que se implementaron para constituir un aparato gubernamental viable. El fracaso de esos proyectos permite vislumbrar el campo de maniobra en el que se movían los artífices de la política. Como se apuntó más arriba, Erika Pani es una historiadora generosa que trata de “seducir” a los jóvenes historiadores. Ella está convencida de que el imperio representa un campo fértil para el análisis. Sólo faltan historiadores interesados en segar un campo lleno de ricas espigas. Los archivos son casi vírgenes y permiten indagar en la formación interna de ese régimen. La amplia bibliografía que se incluye al final del texto muestra que existe mucha tela de donde cortar. El libro de Pani incita a multiplicar los esfuerzos para entender el imperio. La invitación está

hecha. La autora pone las herramientas y a nosotros nos toca asumir el reto que plantea.

Rogelio Jiménez Marce
INSTITUTO MORA

Will Fowler (coord.), *Presidentes mexicanos*, INEHRM, México, 2004, t. I (1824-1911), 376 pp., t. II (1911-2000), 530 pp.

Esta obra es básicamente una historia de los más importantes presidentes de México, de los contextos en los que se desarrollaron sus mandatos y de las características de los particulares proyectos políticos que impulsaron; pero, sobre todo, ésta es una historia del proceso de consolidación del presidencialismo como una institución central del sistema político mexicano. Como tal, la obra hace aportes relevantes a la literatura académica del tema. En primer lugar, *Presidentes mexicanos* es una contribución importante a la historiografía presidencial y a la comprensión del papel que tienen las circunstancias que rodean a los presidentes en el éxito o fracaso de sus proyectos políticos. La obra analiza a nueve presidentes del siglo XIX y a doce del XX en igual número de capítulos, poniendo énfasis en los contextos en los que se desarrollaron sus mandatos y cómo éstos condicionaron sus capacidades para establecer acuerdos con otros actores políticos, especialmente el Congreso.

Sin embargo, la contribución más significativa de esta obra pareciera estar, al menos potencialmente, en el ámbito de las ciencias políticas. Existen visiones del presidencialismo (especialmente populares entre ciertos análisis de los procesos de democratización y consolidación de las